

SP-448

Semblanzas Sacerdotales

Mientras vivió en el siglo

D. Hilario Fernández y Sancho



Por N. N.

2. 21 107

INSTITUTO ESTUDIOS RIOJANOS



10015022204

Semblanzas Sacerdotales

Mientras vivió en el siglo

D. Hilario Fernández y Sancho



Por N. N.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIQIANKES

BIBLIOTECA

Calagurri 30 Aprilis 1945.

Nihil obstat:

URBANUS PAGONABARRAGA

Imprimi potest:

DR. JOANNES ANT. GARRO

Hay un sello que dice:

OBISPADO DE CALAHORRA Y LA CALZADA

Prólogo

HACE más de treinta años que moría en Córdoba de Argentina un jesuita, cuyo fallecimiento conmovió muy hondo a la ciudad y a todos sus estados sociales. Aquel jesuita era español, nacido y formado en la Rioja y, antes de ser jesuita, había sido treinta años, los mejores de su vida, un sacerdote secular muy distinguido.

Por ese motivo, el Centro de la Unión Apostólica de la Diócesis de Calahorra ha creído un deber de justicia y un derecho, a la vez, escribir la Semblanza del sacerdote D. Hilario Fernández y Sancho, prescindiendo de sus últimos años de vida, en que se llamaba ya el P. Fernández, y ofrecerla a la noble empresa de SEMBLANZAS SACERDOTALES, por si tiene a bien incluirla entre las que viene publicando y que, a nuestro humilde pensar, tanto bien van a producir

entre los sacerdotes que forman el Clero Secular Español.

Poco hemos tenido que hacer. Extractar, desdorándola, la biografía que de aquel escribió el P. Juan Isern de la misma Compañía con el título «Un Apóstol Social» y que fué impresa en Buenos Aires en 1915. Perdónenos, si vive el autor, nuestro atrevimiento, en gracia del provecho que la lectura de esta Semblanza puede producir en el Clero, por quien tanto se interesó D. Hilario.

Ceda todo en la mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia.

EL AUTOR.

Familia modelo

A mitad del siglo pasado vivía en una vetusta casa de Galilea, pueblo simpático del pintoresco Valle de Ocón, en la Rioja, el hacendado labrador D. Santiago Fernández Beltrán, entroncado con los más ilustres apellidos del Valle y casado con D.^a Aquilina Sancho, oriunda de Corera, otro pueblo del mismo valle de Ocón. Bendijo Dios este matrimonio con familia muy numerosa y, entre los hijos nació uno en 14 de enero de 1845 que, conforme a la costumbre, tan cristiana como española, fué bautizado al día siguiente en la Iglesia Parroquial del Sr. San Vicente, imponiéndosele el nombre del Santo del día, San Hilario de Poitiers.

Desde sus más tiernos años notóse en él una viveza precoz, una gran fuerza de inteligencia y de voluntad, una actividad extraordinaria; no le cabía el alma en el cuerpo. Afortunadamente le había tocado en suerte un hogar profundamente cristiano, capaz y apropiado para enderezar a buen término aquellas diversas cualidades, lo que no había de hacerse sin tiempo ni esfuerzo. La naturaleza y la gracia se manifestaban a sus tiempos de

diversas maneras. Si era Hilario modelo de piedad en casa y en la Iglesia, incapaz de faltar a cualquiera función religiosa, en saliendo de ella era también el cabecilla obligado de todas las travesuras, el terror de todos los animales y de sus descuidadas dueñas, cuya presencia era de necesidad en todas las pedreas del barrio y aun de los pueblos limítrofes. Obediente y sumiso a sus padres, era el revolucionario de todos los chicos, el cacique indiscutible que tenía en sobresalto continuo a toda la población. Las correcciones y castigos oportunos del padre no lograban la enmienda.

Pero el ambiente piadoso de aquella familia, las oportunas reflexiones de sus padres y, sobre todo, el constante ejemplo de virtudes cristianas que veía, tanto en ellos como en sus hermanos, forzoso era que a la larga no obrasen la transformación moral y completa del carácter de Hilario.

Grande era la práctica de la caridad en aquella casa. No sólo se socorría en ella a los pobres que pedían limosna a sus puertas, sino que también se llevaba desde ella el socorro a las familias más necesitadas del pueblo. Cuando uno de los hijos llegaba al uso de razón, se le constituía protector de una de las familias más pobres, y con ello se estimulaba el interés y pugilato entre todos los hijos sobre quién haría más caridad.

Un día al año podía cada hijo traer a sus pobres para comer con la familia Fernández,

y esos días eran las fiestas mayores para aquella cristiana familia; el día que tocaba a Hilarario superaba a todos en animación y alegría, ya que siempre era el más revoltoso de toda la casa. Empleaba todos sus naturales recursos para que su fiesta fuese la más lucida de todas, y a fe que siempre salió muy airoso en su empresa. ¡Qué educación tan hermosa la que aquellos padres cristianos daban con estas prácticas a todos sus hijos!

Chicos y grandes

Víspera del Corpus de 1860, un grupo de muchachos de Galilea se había propuesto, para celebrar dignamente la fiesta del día siguiente, plantar el más famoso Mayo en la calle del pueblo. Bien conocidos tenían todos los ríos y sabían de memoria cuál era el chocho mejor, y a él se dirigieron armados de hachas y en un momento lo derribaron al suelo. Sabedor el dueño del árbol de lo que hacían los chicos, corrió al lugar del suceso y, lo mismo fué verlo, que huir todos a la desbandada, dejando en el arroyo su árbol. Irritado aquel hombre, presentó una denuncia al Juzgado que ordenó la detención de todos los culpables, para proceder en justicia.

Ya puede suponerse el revuelo que se armó en la pacífica villa, y el barullo que se levantó en el pueblo. Unos censuraban al dueño del mayo, que debiera haberlo cedido gustoso para fiesta tan grande, como en España

es la del Corpus, y que se rebajaba al no retirar la denuncia; otros disculpaban el hecho con la irreflexión propia de jóvenes; los más serenos juzgaban que debía imponérseles algún correctivo por haberlo ejecutado sin consentimiento del amo, pero veían en el modo del presente castigo un excesivo rigor.

Pasada la efervescencia primera, calmóse el vecino dañado y, a ruego de autoridades, parientes y amigos, se avino, con buen acuerdo, a retirar la denuncia. Así pudo celebrarse con la paz y alegría acostumbradas la fiesta del Corpus.

El capitán del grupo había sido, como de costumbre, el joven de quince años, Hilario Fernández, uno de los estudiantes de Latín del Valle de Ocón, que, sin embargo, no fué detenido, gracias a la astucia de su madre y a la bondad de su hermano mayor Feliciano, que se prestó gustoso a sustituirle. Nadie quiso en el pueblo acusar la sustitución, apesar de que estaba patente. Es que Hilario debía ingresar en el Seminario en el próximo curso, cosa que no hubiera podido hacer, de haber entrado ahora en la cárcel.

Estudiante en El Redal

Aprendió nuestro biografiado las primeras letras en la escuela de su villa natal, y sus padres, vistos los buenos talentos de que Dios le había dotado, resolvieron dedicarle a los estudios de una carrera.

Existía en el inmediato pueblo de El Redal un acreditado maestro, D. Homobono Carrillo, acaso Preceptor de Latín y, llegado que hubo Hilario a la edad conveniente, sus padres le enviaron a la escuela de dicho señor. Pronto se colocó en el primer puesto, a la cabeza de todos, con lo cual tenía con frecuencia que sustituir al maestro, lo que no era del agrado de los otros discípulos, cuyo terror era por su ingenio en discurrir mortificantes ocurrencias y sentidos castigos.

Suficientemente instruído y, cuando tenía trece años cumplidos de edad, el día 6 de septiembre de 1856, se matriculaba en el Instituto de Segunda Enseñanza de la Ciudad de Logroño, para hacer el Bachillerato, y en dicho Centro cursó y aprobó dos años de Latín y Castellano, Doctrina Cristiana, Religión y Moral. Así comenzaba Hilario sus primeros estudios.

Camino del Sacerdocio

Quince años de edad tenía ya nuestro Hilario, había estudiado dos años de bachiller y, por su talento y gracia, era tenido con razón como uno de los jóvenes más apuestos de Galilea y del Valle. Sin embargo de que el mundo le sonreía, aquel verano de 1860 tomó la resolución de emprender la carrera eclesiástica y de ingresar en el Seminario, en clase de interno.

Sea que la piedad comenzase a vencer sus

travesuras tan propias de niño, sea que sus padres le propusiesen la idea, al vacar alguna de las Becas de sangre, que hacía ya cincuenta años había fundado su pariente, D. Pedro Fernández de Balmaseda, de las que otros primos suyos estaban gozando también, o a la vez por ambas causas de que se sirviera la Providencia de Dios, es lo cierto que aquel verano se determinó en firme a ingresar en el Seminario de la Ciudad de Logroño, y así lo realizó, apenas anunciado por el Prelado el curso académico. Como había previamente estudiado el Latín, con Profesor aprobado al efecto, pudo comenzar el estudio de la Filosofía en edad bien apropiada para terminar a tiempo la carrera eclesiástica. Los datos de ella constan en su respectivo expediente.

Número 1.242

Tal es el que en el Archivo de Logroño corresponde al expediente de D. Hilario Fernández y Sancho. En los once documentos que lo integran y en los Libros oficiales podemos recoger los detalles siguientes:

1860-1861.—Incorporó, en clase de interno, los tres primeros años de Latinidad, sin que se hallen registradas las notas. Cursó en primer año de Filosofía, Lógica, Ontología, Cosmología y Psicología Empírica, con la nota de MERITISSIMUS. Observó buena conducta en vacaciones y fué tonsurado durante el mismo.

1861-62.—Cursó como interno Física, Química y Matemáticas, en segundo año de Filosofía, con nota de BENEMERITUS y observó en el verano buena conducta.

1862-63.—Hizo como externo tercer año de Filosofía, estudiando Ética y Teodicea que aprobó con nota de MERITISSIMUS. Observó buena conducta en vacaciones.

1863-64.—Cursó como externo, en primer año de Teología, Fundamentos de Religión, Lugares Teológicos y Analogía de la Razón y la Fe, con nota de MERITISSIMUS. En el mes de abril estuvo enfermo de gripe. En el verano observó buena conducta.

1864-65.—Aprueba como interno segundo curso de Teología, Dogmática, De Deo Uno, Trino, Creante, con calificación de MERITISSIMUS, e Historia Eccles. con nota de BENEMERITUS. Buena conducta en vacaciones.

1865-66.—Tercer curso de Teología, interno, asignaturas de Encarnación, Gracia, Mérito, Moral e Historia, y calificación de MERITISSIMUS en todas. En los informes de verano dice su señor Cura: «No ha andado con malos compañeros; lo más, si ha asistido en las fiestas del pueblo a algún baile por compromiso, pero en casa honrada y con personas honradas».

1866-67.—Con el cargo de Presidente y en clase de interno hizo cuarto año de Teología, Sacramentos en General y en Particular

e Historia Eclesiástica, con nota de MERITISSIMUS.

1866-67.—Día 23 de agosto presentó al Prelado una solicitud para que le admitiese al ejercicio necesario para obtener el Grado de Bachiller en Sagrada Teología. Acompañaba dos certificados de Estudios, en los que consta que había estudiado el Latín privadamente y con profesor aprobado para el efecto. El Prelado, D. Sebastián Arenzana, decreta la admisión desde Calahorra el día 24.

Sufrió la tentativa el 17 de octubre y fué aprobado. Al siguiente día 18, eligió la tesis de la verdad del Sacramento de la Penitencia y su diferencia del Bautismo y, después de un encierro de veinticuatro horas, sufrió el examen el día 19, siendo aprobado NEMINE DISCREPANTE, con lo cual, acto seguido, se le dió la investidura.

Privadamente y con permiso del Illmo. señor Obispo, por ser párroco (dice una nota), cursó quinto año de Teología, con Hermeneútica, Patrología y Oratoria Sagrada, obteniendo la calificación de BENEMERITUS.

En grave peligro

Era un día de verano con un bochorno asfixiante. Vínole el pensamiento de templar el calor que sentía con un buen baño en el próximo Ebro y hacia él se dirigió muy animoso. Sumergido ya en el agua, sintió faltarle el suelo, comenzó a perder la serenidad y

se vió en grandes apuros, al ver que se iba hundiendo. Creyóse humanamente perdido y, en su aflicción brilló en su mente la idea de acudir a la Virgen y de encomendar su salvación a la que es consuelo de afligidos y esperanza en los casos más desesperados. Encomendóse a Ella con todo el corazón y María, siempre madre solícita y buena, acudió presurosa a ayudar a aquel seminarista que tanto le quería ya entonces y de quien sabía Ella muy bien cuánto le había de honrar y hacer que los demás la venerasen y amasen. Sin darse cuenta de cómo se verificaba el hecho, es lo cierto que Hilario se halló de repente fuera de todo peligro.

Muchas veces, siendo ya sacerdote, relataba este favor, unas veces en particulares conversaciones, otras veces desde el púlpito públicamente, para infundir en sus oyentes una firme confianza en la protección de la Virgen. Este peligro y su remedio fuéronle siempre estímulo poderoso para animarse más y más al fervor y a una vida piadosa.

Recuerdos del Seminario

Con el mismo ardor con que antes había realizado sus travesuras, se dedicó en el Seminario al estudio y a la piedad. Era uno de los primeros en clase, como lo demuestran sus buenas calificaciones y el haber sido llamado a suplir al profesor durante tres meses de curso, cuando estudiaba tercer año de Teología.

Era también el primero en los juegos y diversiones honestas y gozaba con sus grandes partidos de pelota; amenizaba las veladas y actos, unas veces tocando instrumentos de música, en que era muy diestro, otras haciendo y declamando alegres y chispeantes composiciones, para lo que tenía habilidad especial.

Convencido de que la pureza y castidad son distintivo de un buen sacerdote, las cultivó con esmero, protegiendo la castidad con la huída de las ocasiones, con la oración encendida y humilde y con una mortificación de sentidos constante y secreta. La piedad, que comenzó a reinar en su alma, la fué hermo-seando con toda virtud. El, por su parte, correspondió con generosidad a la gracia de Dios, y pronto sus compañeros notaron la transformación que se iba obrando en su alma. Hasta su porte exterior, alegre y modesto, la nobleza y delicada caridad con que a todos trataba denunciaban su virtud interior, con lo que, durante su carrera, fué captándose las simpatías de iguales y de superiores, hasta mirarle todos con consideración y respeto y conceptuarle como un sacerdote de esperanzas para la Diócesis de Calahorra.

Se sabe que, sin duda por su delicada salud, tuvo que cursar como externo el último año de Filosofía y el primero de Teología.

De Tonsurado a Presbítero

Era por aquellos tiempos cosa corriente

que los alumnos del Seminario recibiesen la Tonsura enseguida de entrar en el mismo y todas las demás Ordenes muy poco antes de que saliesen de él. Así sucedió en el caso presente. Le confirió la Tonsura, a los 16 años de edad, el 24 de octubre de 1860, el Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, Excelentísimo Sr. D. Rafael Valentín Valdivieso, que, a su regreso de Roma de la Visita ad Limina, quiso entrar en España con el fin de visitarla y de ver sus monumentos más principales. A su paso por Logroño, el Sr. Vicario Capitular, D. José Ramón de Yárritu, le invitó a conferir Ordenes Sagradas a los seminaristas, lo que hizo el día que celebraba el Prelado su fiesta onomástica.

Acabada la ceremonia, conversó el Prelado familiarmente con los seminaristas y, como Hilario le dijese que tenía muchos parientes en Chile, el Prelado le invitó a trasladarse a su Diócesis, donde tanto bien podía hacer cuando fuese Sacerdote y donde él mismo podría abrirle camino y ayudarle a vencer las dificultades que acaso se le presentasen.

Por entonces, aquellas recomendaciones no surtieron efecto.

Recibió las demás Ordenes el último año de su carrera y en especial, previa dispensa de edad (pues sólo contaba 22 años cumplidos), recibió el Presbiterado de manos del Sr. Arenzana, Obispo de Calahorra, en el Palacio Episcopal de esta Ciudad, el 21 de diciembre

de 1867. Había recibido el Subdiaconado a título de patrimonio.

Estreno de Coadjutor

Es la Villa de Alcanadre un pueblo situado a la derecha del Ebro, cuya parroquia, antigua fundación de los Templarios, quedó en el Concordato de 1851 con Párroco y un Coadjutor, siendo de Patronato de los señores Condes de Bornos. Vacante por entonces la Coadjutoría, el Prelado, de acuerdo con el Patrono, nombró para ella a D. Hilario, a quien esto no desagradaría, por estar Alcanadre muy cerca de su pueblo. Se le dió la institución canónica en 26 de febrero de 1868 y, al día siguiente, el agraciado, revestido de sobrepelliz, escuchó la lectura de su nombramiento, hecho a las puertas de la parroquia y ante testigos tomó posesión de su cargo que le dió D. Lorenzo Gil, su párroco actual.

El joven coadjutor llegaba en buena sazón. Cuentan que menudeaban por entonces en Alcanadre maleantes y contrabandistas y que, con ello y con un párroco achacoso y anciano, las cosas no marchaban por buenos caminos. El nuevo coadjutor tenía campo abundante para explayar su celo y dar a conocer su carácter y aptitudes.

Trabajó con los niños, sin descuidar por eso a los jóvenes y personas mayores. Reanimó la enseñanza que halló muy abatida, desplegó su celo, lo mismo dentro del templo

que sacrificándose en favor de los enfermos y socorriendo a los pobres, y, con su buen carácter y merced a las buenas prendas de que estaba adornado, presto se ganó las simpatías y la confianza de todos. «Poco tiempo estuvo, decían los ancianos muchos años después; pero, si está algunos más, nos cambia a todos como del vino a la leche». Fué un ángel de paz, que sólo dejó en Alcanadre memorias de bendición.

Hacia América

Los gravísimos trastornos ocurridos por entonces en España, efectos de una revolución, vergonzante primero y descarada después, trajeron sobre nuestra Nación, y especialmente sobre la Iglesia, un cúmulo de ruinas y de males cuyas consecuencias todavía perduran. Los amadores más fieles de la Patria y de la Iglesia, no pudiendo contemplar impasibles aquellos enormes desmanes, creyeron que había llegado la hora de repeler con la fuerza tan brutal agresión y se lanzaron al campo, empuñando las armas para vindicar la Monarquía y la Religión. Era la Providencia Divina que disponía las cosas para que la vida de D. Hilario tomase nuevos derroteros.

Pensadas bien las cosas y consultado el asunto, determinó marchar hacia Chile. Pero, antes de ver su partida, hagamos un poco de historia.

El extremeño Sebastián García Carrero arribó a Chile entre sus primeros pobladores españoles y fué uno de los doce propuestos al Virrey del Perú para que premiara sus proezas en servicio de España. Le fueron dadas, en efecto, grandes extensiones de tierras, a 20 leguas de Santiago, entre el Pacífico y el río Rapul, que se llamaron la Hacienda de Bucalemu. Como no tuviese hijos, donó ya en vida esta Hacienda a la Compañía de Jesús, para fundar un Colegio de Misioneros, muriendo santamente en 1631.

Cuando el Gobierno de Carlos III expulsó a los Jesuítas, se apoderó de sus bienes y los vendió en pública subasta, buena parte de esta Hacienda fué adquirida por D. Pedro Fernández de Balmaseda, natural de Pipaona de Ocón en España, arribado a Chile en 1740. Era D. Pedro ascendiente en 5.º grado de D. Hilario. También D. Pedro, al morir, además de reconocer el derecho de la Compañía a su Hacienda, fundó de sus rentas ocho Becas de sangre para formar Sacerdotes, en el Seminario de Logroño que era el de su Diócesis de Calahorra. Esta Hacienda estaba todavía en manos de los parientes de D. Hilario; ellos y el Sr. Arzobispo habían manifestado a aquel deseos de que fuese a trabajar en unas regiones, tan faltas de espiritual asistencia, y como, por otra parte, las cosas de España estaban tan mal para el Sacerdocio y la posición económica de su casa

había descendido rápidamente, D. Hilario se resolvió a encaminarse hacia América.

Dios preparaba así los caminos al futuro apóstol de Chile.

Los primeros pasos

Eran dueños, de Bucalemu, a la sazón, don Manuel Fernández y D.^a Ana María Iñiguez, parientes de D. Hilario. Embarcóse en Lisboa en marzo de 1869 y llegó a Chile a mediados de abril. Con fecha 28 de aquel mismo mes, el Sr. Arzobispo, D. Rafael Valdivieso, el mismo que le había conocido en Logroño, le daba las necesarias licencias para poder ejercitar sus ministerios.

En la Hacienda de Bucalemu había de antiguo dos Capellanías, llamadas San Enrique y Corneche. Esta era propiedad de D. Manuel, y la otra de su otro pariente, D. Domingo Fernández y Mata. D. Manuel, queriendo intensificar la vida espiritual de su Capellanía, la ofreció a su sobrino, para que cuidase de sus colonos. Y esta fué su primera ocupación en tierras de América.

Se dedicó a los nuevos ministerios con toda la generosidad de que es capaz un corazón genuinamente riojano. Púsose en contacto otra vez con la gente humilde del pueblo, para conocer sus necesidades y captarse sus simpatías, como en España lo había hecho en su parroquia de Alcanadre.

Pero este primer ensayo duró muy poco.

Bien fuese efecto del clima o resultado de un trabajo excesivo, cayó enfermo de bastante cuidado. Por ello y porque su tío quería tenerle más cerca de sí, resolvieron que se presentase de nuevo al Sr. Arzobispo de Santiago, para ofrecerle otra vez sus servicios.

Por este tiempo recibió una doble y triste noticia. En los días 23 y 24 de abril de 1870, en el corto espacio de veinticuatro horas, sus dos padres habían muerto víctimas de la epidemia del tifus. Fué para él una herida de muerte. Por vez primera experimentaba un dolor semejante: sus ojos se anegaron en lágrimas, sintió desgarrársele el corazón y parecíale que la tierra fallaba debajo de sus pies. Desde aquel día comenzó a escribir su diario, registro de dolores y sufrimientos. Era la primera prueba que Dios le enviaba, para desasirlo de todos los afectos terrenos y con el fin de que se entregase a él por completo.

Cuando supo que sus padres, al morir, habían dejado deudas de consideración, llevado de amor fraternal, apresuróse a escribir: «Cárguense a mi cuenta todas las deudas, divídase por iguales partes el haber de la casa entre los hermanos solteros y cárguese a mi cuenta lo que sea necesario para igualar con ellos a los tres ya casados». Además, ordenó a D. Miguel Fernández que, si sus hermanos huérfanos necesitaban algo más, se lo diese y lo cargase todo a su cuenta.

Tal generosidad le costó algunos miles de

pesos. Ni un padre hubiera hecho con sus hijos lo que D. Hilario hizo con sus hermanos.

Asilo del Buen Pastor

El 21 de noviembre de 1872 era nombrado Capellán del Asilo del Buen Pastor de Santa Rosa. Este Asilo, entregado por el Gobierno en 1864 a la Congregación del Buen Pastor, era un correccional de mujeres y, al encargarse de él D. Hilario, había en el mismo más de un ciento de ellas.

La Madre María Fernández Concha nos cuenta cómo desempeñó su cargo el nuevo Capellán: «Ejerció su cargo como un apóstol, consagrandó sus fuerzas, con grande abnegación, a la conversión de las almas, al confesonario y a la predicación». Ya desde este tiempo comenzó a dar muestras de aquel desprendimiento, que había de ser la nota típica de toda su vida.

Cedía a los sacerdotes que le prestaban ayuda, las rentas de su capellanía y gastaba buena parte de sus restantes entradas, que pronto comenzaron a ser abundantes, en proporcionar a las reclusas y penitentes, libros para su instrucción y medios para que pudiesen trabajar útilmente. Nadie se explicaba, ni él mismo siquiera, su gestión económica; nunca tenía dinero para sí, siempre lo tenía abundante para dar limosna a los pobres.

Pronto se dió cuenta la capital de las relevantes prendas de aquel joven sacerdote es-

pañol, celoso, infatigable y caritativo, y pronto comenzaron todos a depositar en él ilimitada confianza. Su mismo cargo le hizo entrar en relaciones con muchas distinguidas familias que favorecían y visitaban el Asilo y, dado su fino trato y su carácter tan servicial, pronto se conquistó la simpatía y el afecto de la buena sociedad chilena.

Los Sres. Huidobro

Por enero de 1873, D. Manuel Rencoré y D.^a Josefa Huidobro no pararon hasta conseguir que les acompañase durante su veraneo en Catemu. Es Catemu una pequeña y pintoresca Villa en la Provincia de Aconcagua y en ella se explota una de las mejores minas de cobre. Durante este descanso trabó amistad con D. David G. Huidobro y de aquí se le originó una nueva ocupación: la educación de un hijo de este señor, el benjamín de la casa, que todavía por su poca edad no podía frecuentar el Colegio de los Jesuitas. Hasta que lo admitiesen, D. Hilario debía ser su Preceptor. Una ocupación más, añadida a las muchas que tenía ya en Santa Rosa.

La desempeñó con toda delicadeza y con el mayor interés. Enseñaba a su discípulo cuanto lo permitía la edad, le formaba en la más sólida piedad, no se desdeñaba en jugar y divertirse con él; le acompañaba en casa, en la calle, en el campo, en la era y debajo de los árboles frutales. Cuando más tarde su

discípulo fué colegial interno, todos los domingos le buscaba para llevarle a su casa. Así llegó a identificarse con aquella familia que le quería como a su hijo mayor, y así llegó a formar de su discípulo un perfecto caballero cristiano.

El champagne

Del temple de su alma nos da cuenta el siguiente suceso, ocurrido en uno de sus viajes a España.

Aguardaba un día en Barcelona la salida del trasatlántico que le había de llevar hasta Chile, cuando se da cuenta de que va a tener que tratar forzosamente durante su viaje a una compañía de teatro del género chico. La presencia del sacerdote provocó en tan alegre comparsa los comentarios y las burlas que se dejan adivinar. Cualquiera otro se hubiera amilanado, pero él, después de pensarlo, se dice animoso: «Si no me respetan por mi carácter, me respetarán por mi dinero».

Llega la hora del almuerzo. Colocado, como de ordinario, a un extremo de la mesa, es también aquel día objeto de las chanzas y de la ironía de ellos y de ellas; su modestia contrasta con el bullicio y algazara de los demás.

Sin inmutarse, llama al camarero y le ordena traer champagne para obsequiar a sus compañeros de viaje. El empleado cumple la orden: salta el corcho de la botella y se es-

cancia el contenido en la copa del sacerdote y en las de todos los comensales. La sorpresa reemplaza a la burla, comienza a despertarse en todos la simpatía, se prodigan las muestras de respetuosa consideración y la conversación se hace amigable.

¡Había ganado la primera batalla!

Algunos días más tarde, las coristas de la Compañía salmodiaban cantos sagrados, mientras D. Hilario oficiaba la misa que con devoción oían los demás pasajeros. Luego escuchaban recogidos la palabra evangélica y, al tocar el vapor en Buenos Aires, más de un pecador quedaba ganado para Dios por la paciencia y el celo de aquel sacerdote.

Se fractura una pierna

En el invierno de 1873 caminaba a caballo por las calles de Santiago, cuando se vió acometido por dos hombres desalmados y ebrios, que le hicieron caer en una acequia, con tan mala suerte que se fracturó una pierna. Inmediatamente le llevaron a la casa de los Señores Huidobro, donde fué objeto de toda atención. Se le hizo una cura y más tarde otra segunda, por haber quedado algo cojo en la primera; pasó la convalecencia, parte en Santiago y parte en Catemu y siempre se vió asistido por el mismo dueño de la casa en persona, ayudado de su querido discípulo.

Otras familias, envidiosas de la dicha que ésta tenía, quisieron encargarle también la

educación de sus hijos; pero nunca pudieron recabar de él este favor, porque creía llegada la hora de Dios para emprender nuevos y trascendentales trabajos.

Los siete años primeros, 1869 a 1876, fueron como su noviciado, dedicados al conocimiento de aquella sociedad, para poder entregarse después al ministerio que el Señor, por medio de su Prelado, le ponía en las manos. A él se entregará, con ofrecimiento abnegado y total.

La Casa de San Juan

Dos casas de Ejercicios había en Santiago; la de San José erigida por su primer Arzobispo, D. Santiago Vicuña, donde los hacían las gentes humildes, y la de San Juan, fundada en 1876 por el Sr. Valdivielso, donde los practicaban los caballeros de la mejor sociedad. Corría el cuidado de ésta segunda a cargo de las Hermanas de la Providencia y, muy luego de fundada, D. Hilario fué nombrado Capellán-Director de la misma. Casi durante veinticinco años fué esta casa el teatro principal de su celo apostólico.

Comenzó por la reforma material y buena organización de la casa. La capilla, los comedores y dormitorios, las galerías y jardines, los paseos y avenidas, todos fueron objeto de una atención especial. El edificio llegó a ser modelo en su clase. El servicio esmerado de las buenas Hermanas completaba el atractivo que aquella casa tenía.

Pero, a decir verdad, el poder de arrastrar al retiro a los hombres venía de su Director. Aquel sacerdote español, para muchos desconocido, era quien imprimía a la obra una marcha digna y agradable, un orden educador y atrayente a la vez. Su carácter simpático y atento; sus servicios, no de mera fórmula, sino sinceros a la vez y sencillos; sus constantes sacrificios para que todos quedasen contentos; la sincera piedad en que toda su conducta iba inspirada, le fueron franqueando los corazones y las voluntades de todos.

Y como los ejercitantes eran las personas más influyentes en la sociedad y en el catolicismo de aquella Nación, nada tiene de extraño que su influjo futuro fuese decisivo, así en el orden religioso como en la esfera civil. Ese influjo se encaminaba siempre al bien de los demás, a ganar almas para Cristo.

Nunca pensó en sí; nunca aceptó un estipendio, aunque le ofrecieron millares de ellos; renunciaba sus honorarios en favor de la institución; socorría a miles de indigentes; estaba dedicado por completo al provecho del prójimo, empleando cuantos medios le sugería su celo. Consejos, advertencias, delicadezas, insinuaciones, anécdotas y gracias, eran las industrias humanas de que se valía para ganarse la confianza de todos. Una vez ganada ésta, cuando le hablaban en serio y le consultaban los graves problemas de la vida cristiana y eterna salvación, respondía con suma claridad y precisión tanta, que a todos

convencía, con una unción evangélica que subyugaba los corazones.

Director de Ejercicios

Muy luego comenzó a dar por sí mismo los Ejercicios: primero en San Juan, donde se reunían caballeros, jóvenes, maestros, especialmente en Semana Santa, en que solía hacerlos la plana mayor de la aristocracia católica; luego, también en otras iglesias y asilos, como los del Buen Pastor y San José. Su actividad llegó a ser prodigiosa; sobre él gravitaba el movimiento general; era grande el trasiego de ejercitantes; debía atender al conjunto y a cada uno de los visitantes y al mismo tiempo predicar las meditaciones y pláticas, que ya de suyo son bastante ocupación y ejercicio.

Y a veces tenía que hacerlo por sorpresa y sin preparación especial. En cierta ocasión enferma el sacerdote que ha de dar los ejercicios y el aviso de que los dé D. Hilario llega momentos antes de comenzar la tarea; no obstante, desempeña su cometido sin dar al suceso importancia ninguna.

Otra vez tenía entre manos graves asuntos de orden público y un coche le espera con urgencia a la puerta; pero viene la noticia de que está impedido el sacerdote que debía dar los Ejercicios y D. Hilario despidió el coche y a sus acompañantes, diciendo: «Señores; he de dar Ejercicios y ellos están delante de todo». «En los mensajes de los soberanos, decía,

se señalan como síntomas de progreso y civilización el aumento de juzgados y cárceles; nosotros lo haremos consistir en multiplicar las casas y tandas de Ejercicios: aquellos acusan el desarrollo de la criminalidad en los pueblos; estos, los ennoblecen y regeneran».

En alas del cielo

Su actividad en los Ejercicios era asombrosa. Se desbordaba sobre todo su celo al darlos en la casa de San José, en donde se reunían tandas hasta de mil hombres del pueblo. Inútil era que el Reglamento señalase un número menor, inútiles los esfuerzos que el Director realizaba para que no se rebasase ese número; la casa era invadida, asaltada por la multitud de ejercitantes, que ningún reparo oponían a las incomodidades del día y aun a pasar la noche en los pasillos y en los patios.

La capilla estaba abarrotada de hombres, y esas ocasiones aguardaba D. Hilario para manifestar todo el fuego que consumía su alma. Trabajaba durante el día y oía confesiones durante la noche. Nadie sabía cómo podía resistir tan inmenso trabajo. Porque, a la vez solía desempeñar otras misiones, como sucedió una vez en que él solo daba Ejercicios a mil quinientos hombres y, habiendo enfermado el predicador de la solemnísima novena de la Virgen de los Dolores, se acudió a él y se contentó con preguntar sencillamente de qué había de predicar aquella noche.

Viviendo en San Juan conoció y trabó íntima amistad con D. Juan Ignacio Eizaguirre, Capellán del Buen Pastor, que más tarde fué Arzobispo de Santiago de Chile. Desde entonces fueron dos corazones que latieron al unísono en todas las empresas de la gloria de Dios.

Señalando vocaciones

Sobre los jóvenes ejercía D. Hilario una especie de sugestión, bien fuese por su carácter generoso, noble y abierto, bien por la intuición que leía en el fondo de los corazones. De aquí que los jóvenes se entregaban gustosos a su dirección. Sobre todo, al tratar de elegir estado durante sus Ejercicios, de él tomaban consejo.

Existía singularmente por entonces en Chile una corriente de simpatía en las clases pudientes hacia el estado eclesiástico; apenas había familia distinguida que no contase con un miembro en el Sacerdocio. Por eso, eran muchos los jóvenes que, desde los Ejercicios practicados bajo la dirección de D. Hilario, pasaban al Seminario o se encaminaban a un noviciado. Las pláticas encendidas del Director inflamaban los corazones y despertaban deseos de consagrarse a Dios más íntimamente.

A veces la vocación tenía indicios de penetración sobrenatural. Un joven abogado, deseoso de conocer la voluntad de Dios en orden a su porvenir, entró en Ejercicios. En-

cuentra un día al acaso en los corredores a D. Hilario y le hace una pregunta muy indiferente. D. Hilario se inmuta y, sin contestar a la pregunta del joven, le dice: «Me comunica la Santísima Virgen que diga a V., a quien no conozco, que abrace V. el Sacerdocio». Y le repitió el mismo encargo tres veces. El joven quedó admirado: precisamente había ido a eso, a saber la voluntad de Dios; abrazó la carrera eclesiástica y llegó a ser un sacerdote modelo.

Y no sólo contribuyó D. Hilario a formar buenos sacerdotes y religiosos, sino también una falange de jóvenes seculares que fueron la gloria de su tiempo y de aquella nación. Sirvióse para ello de su nombramiento de Director-Capellán de la Congregación de San Luis.

Días de persecución

La persecución religiosa en Chile comenzó con el Gobierno Errázuriz (1871-1876), continuó con el de Pinto (1876-1881) y persistió con el de Santa María, 1881, hasta despedir al Delegado Apostólico en 1883.

La persecución, que se hacía brutal, despertó las conciencias dormidas. La comitiva que acompañó al ilustre desterrado llegó hasta Santa Rosa de Andes, y allí se proclamó la libertad religiosa de la Nación, poniendo por testigos a los montes eternos de la imponente cordillera. El brindis de D. Abdón Cifuentes,

que tenía a su lado a D. Hilario Fernández, fué un reto al tirano que usurpaba el poder.

De regreso de la expedición, se formó la Unión Católica, que pronto dejó sentir su influencia. D. Hilario fué nombrado representante oficial del Prelado en el Consejo departamental de Santiago. Por medio de los Ejercicios Espirituales y de la Congregación de San Luis, D. Hilario era el alma que vivificaba a la Unión Católica en aquella lucha. Las reuniones se tenían en casa de aquel y bajo su presidencia; nada se hacía sin antes contar con él.

Para no narrar todos los pormenores, baste saber que el Presidente hizo llegar a oídos de D. Hilario la frase sacrílega del asesino de Sto. Tomás de Cantorbery: «Es necesario deshacerse de ese hombre». A lo que hizo contestar aquel: «En todo caso habrá un mártir más». Y D. Hilario obtuvo la victoria más resonante. La asamblea de 1885 tuvo ya aires de triunfo; la nación entera se preparó para las elecciones, como para una batalla campal. Se derramó sangre; pero triunfaron los católicos y sus diputados penetraron en el Congreso, yendo a la cabeza D. Carlos Walker, el íntimo amigo, el secretario de D. Hilario Fernández.

Todos sabían bien que D. Hilario era el hombre intrépido que dirigía las huestes católicas.

Un viaje a España

Cuando a fines de 1883 se divulgó por Santiago la noticia de que D. Hilario preparaba una visita a España y se dijo que sus intenciones principales eran el pedir su ingreso en la Compañía de Jesús, se produjo una consternación general. Prueba palmaria de que el triste estado de la religión por entonces exigía su presencia en Santiago de Chile. «Casi no me dí cuenta de su resolución, le escribía el Vicario General, cuando me habló de ella, la víspera de emprender su viaje. Estoy por desear que se frustre su deseo para tenerle luego entre nosotros. Su puesto en la Casa de Ejercicios está vacante, le espera; y no se proveerá, sino cuando se sepa que V. no vuelve».

No faltaron quienes aseguraban que el presidente Santamaría había desterrado a D. Hilario; otros atribuyeron un carácter diplomático a su viaje; dijeron que iba como enviado secreto al Papa. Quizás fué al regreso de esta visita a la Patria, cuando le ocurrió el episodio que más arriba hemos contado. Porque es de saber que D. Hilario se convenció de que Dios le quería entonces sacerdote secular y de que debía volver a Chile, porque la Iglesia de América necesitaba de él. Y, obediente a Dios más que a su inclinación, volvióse a América para continuar ejerciendo sus ministerios en el siglo.

Con sus obreros

Con certera previsión adivinó D. Hilario el gran peligro que pueden constituir las masas obreras, cuando no están bien orientadas; por eso, al mismo tiempo que se dedicaba a formar cristianamente a las clases más elevadas de la sociedad, atendió también al bienestar material y moral de las clases obreras. A ello le movía, no sólo la consideración de su bienestar religioso, sino también el impedir que se formase un ejército de destrucción, para lo cual debía formarse otro de restauración nacional en católico. Otros habían intentado esta obra; sólo él pudo llegar a realizarla.

Formó una Sociedad titulada Obreros de San José o Sociedad de Josefinos, el año 1884, para la elevación intelectual y moral del pueblo y para la formación de su ejército. Santificar a sus miembros, ejercer la caridad con los enfermos y la misericordia con los difuntos, proteger a las familias, ilustrar a los socios, contribuir al desarrollo de la industria formando gremios de obreros, de la moralidad por medio de recreos honestos, y de la economía, creando cajas de obreros, el regalo de matrimonio, el derecho de jubilación; he aquí sus fines más principales.

Como el medio más eficaz era la piedad de los socios, había tres comuniones anuales y, sobre todo, retiros mensuales, para los que utilizaba las casas de Ejercicios. Como el Di-

rector general, D. Hilario, no podía acudir a todos personalmente, se organizó un cuerpo de capellanes de la Sociedad, a quienes asignó una remuneración. En esos retiros se daban instrucciones muy concretas y prácticas. Al ser admitidos, los socios habían de prestar promesas muy serias.

El trabajo que desarrolló en esta sociedad parece increíble. Llegaba a predicar hasta tres veces al día, en templos muy apartados, para mayor facilidad de sus queridos obreros. Su predicación comenzó por los barrios humildes, porque a los pobres buscaba con preferencia.

Entrábase por las tiendas, como para comprar alguna cosa, y se ganaba a los dueños y a los empleados. De allá se iba a las fábricas y hacía lo mismo con los patronos y obreros. A veces se acostaba a las dos de la madrugada, a veces pasaba en vela toda la noche. El éxito de la obra fué sorprendente. Al mismo tiempo que era el caudillo indispensable de la clase opulenta, era el ídolo de las clases del pueblo. El cariño que profesaba a sus pobres le daba alas para estar en todas partes. Tenía el arte difícil de hacer prosélitos y auxiliares de su obra, no sólo entre los buenos y amigos, sino aun entre los impíos y enemigos de la Iglesia.

Todo se realizaba a fuerza de sacrificios heroicos. Visitaba a los pobres en sus miserables tugurios, sufría sus impertinencias, buscaba para ellos la limosna que para sí rehusaba. Un día, un brindis feliz, pronunciado

ante el Ministro de España, le vale un ofrecimiento muy generoso y D. Hilario acepta el obsequio de que el Sr. Ministro pague unos partidos de pelota a todos sus josefinos. Por sus pobres salía él personalmente por las calles de la ciudad buscando trabajo para los sastres o zapateros que carecían de él. Así ganaba los corazones.

El cólera morbo

En 1887 se presentó, con caracteres alarmantes, el cólera morbo en Santiago. D. Hilario, que se hallaba fuera, comprendió cuánto le necesitarían sus pobres y se fué enseguida hacia la ciudad; pero el cordón sanitario le impedía la entrada. Supo burlarlo; llamó a los principales de la Sociedad y les dió órdenes concretas con promesa de que, si hacían cumplirlas, pocos serían los que morirían del cólera. Hizo gran acopio de medicamentos, y montó doce depósitos de medicinas y víveres que eran entregados, no sólo a los socios, sino a cuantos acudían en demanda de ellos. Seis hombres a caballo recorrían todos los barrios, recogiendo noticias y llevando socorros.

El mismo personalmente iba de depósito en depósito todos los días, unas veces a pie, otras a caballo, hasta las dos o las tres de la madrugada, enterándose de todo y dando las órdenes más convenientes.

Este gasto de energías minó su salud, pero salvó a sus pobres, de suerte que, habiendo

muerto en Santiago miles y miles de personas, de sus josefinos sólo murieron tres o cuatro. Conducta tan generosa le conquistó por completo las simpatías del pueblo chileno. Hasta llegaron a pedirle con lágrimas en los ojos que moderase sus trabajos ante el temor de perderlo.

En la guerra

Al presidente Santamaría, sucedió Balma-ceda (1886-1891), antiguo católico, pero ya radical y sectario. Sus demasías desencadenaron la guerra civil, que causaron su derrota en Concón y Placilla, en donde murieron hasta 3.000 hombres. D. Hilario corrió al campo para auxiliar a los que quedaban heridos, como diremos después.

Por aquellos días se cometían en Santiago atropellos y robos, y no faltaron enemigos de D. Hilario que le acusaron de ser el autor de tales desmanes. Precisamente era cuando él se hallaba auxiliando a sus enemigos con exposición de su vida; a continuación de esa obra, realizaba otra en favor de sus enemigos en la Legación Norteamericana, salvando la vida a algunos de ellos.

La prensa impía prosiguió en sus burdas calumnias y D. Hilario tuvo que publicar cartas y testimonios que probaron su inocencia.

Pero Dios le pagaba sus sacrificios con hondas satisfacciones. En 1895 se celebró en Santiago un Sínodo Diocesano, cosa no vista desde 1763. Los padres se hospedaron en la

casa de D. Hilario y en ella celebráronse las sesiones, marchándose todos muy satisfechos, del hospedaje que supo él prepararles. Uno de los artículos del Sínodo recomienda la Asociación de Josefinos, obra del buen sacerdote.

Complemento de su protección al obrero fué la fundación para ellos de un barrio que, a instancias suyas, hiciera D. Melchor Concha y Toro. La casa es el martirio de los obreros en Chile y, para librarse de su coste tan elevado, muchos han de vivir en condiciones bien lamentables. D. Hilario no cejó hasta poner remedio a esta necesidad. Un pueblo de nuevas viviendas se levantó en las inmediaciones de Santiago, con casas baratas y cómodas, escuelas, y hasta teatro y banda de música. Además de casa, les proporcionó medios de intensa y sana alegría y de un espíritu cristiano que todo lo vivifica. El Sr. Arzobispo de Santiago pudo decir con toda verdad que la Sociedad de San José era la obra de más importancia y la más querida de su corazón pastoral.

«El día que no predico...»

No sólo daba Ejercicios en Santiago, sino que se desplazaba a las otras ciudades más importantes de Chile. A veces los Ejercicios se convertían en verdadera misión y era lo más admirable, que solía dar varias otras tandas a la vez que la principal.

Su actividad en la predicación era asom-

broza. No gustaba de panegíricos, sino de instrucciones y sermones morales, en que el fruto suele ser más abundante y seguro. Concebía el plan con una facilidad asombrosa, y era para la ejecución un artista de la palabra ya consumado. Su sola presencia ganaba los corazones de todos. De agudo ingenio, sus discursos tenían todo el realismo de la naturaleza y de la vida de entonces. Guardaba el secreto de persuadir y convencer, con dominio completo del alma y del corazón. Sin ser orador de tribuna, arrebatava las masas.

El predicar era para él una necesidad, no un trabajo. «El día que no predico, solía decir, estoy ronco».

De entre los temas de su predicación, dos eran los favoritos: el Padre Nuestro y la caridad; ambos los aplicaba al amor de los pobres, y tanto fuego infundía a sus palabras que, muchos años después, al solo recuerdo de estos sermones, los que le habían escuchado se inflamaban todavía en amor a Dios y a sus prójimos.

Tal era la fama de su predicación, que las más altas familias mudaban las horas de sus comidas para poder escucharle. Y no sólo le escuchaban, sino que se obraban grandes conversiones. «Lo que yo nunca pude conseguir, decían las madres y esposas, con mis cariños y ruegos, lo ha conseguido la santidad y virtud de D. Hilario o, mejor dicho, Dios por su medio. Dios es quien ha inspirado aquellas pala-

bras que han convertido a mi hijo o a mi esposo».

Predicó cierto día sobre los deberes de los padres con relación a sus hijos y pintó con tan vivos colores los excesos a que se entregaban los hijos, cuando sus confiados padres les dejaban solos de noche, que una señora comienza a llorar a gritos y tiene que salirse del templo. Era una de tantas madres que se reconocía culpable.

En desagravio

El 20 de agosto de 1884, unos jóvenes desalmados hacen añicos una imagen de la Virgen que se veneraba públicamente en una de las calles de la Ciudad de Santiago. Esta profanación tan horrenda produjo una profunda conmoción popular. A la faz del Gobierno, hostil a la Iglesia, se produjo una manifestación de desagravio, tan grandiosa como ningún nacido la había presenciado jamás. Lleváronse en triunfo los despojos de la imagen veneranda, y su vista arrancaba lágrimas y gritos de dolor. D. Hilario fué el predicador de la fiesta y el orador de aquella jornada. Su oratoria revistió una magnificencia sublime, una claridad y una lógica capaz de exasperar a sus adversarios y de encender a los buenos católicos. Algunos de los que le oyeron en esta ocasión, dijeron que su discurso sabía a incendiario. La imagen fué repuesta y reconstruída, no de piedra, sino de bronce, para que fuese irrompible.

D. Hilario solía repetir desde el púlpito: «no fundéis capellanías, porque ya veis que las que fundaron vuestros abuelos han ido a parar a manos de masones. No dejéis nada a los hospitales del Gobierno, ni a las obras de filantropía del Estado, porque de todo se sirven para engordar a los suyos, que son enemigos y tiranos nuestros. Dejad vuestras mandas para los hospitales católicos, para las Casas de Ejercicios que son hospitales de las almas, para las sociedades católicas, en manos de la autoridad eclesiástica». Y así lo hizo desde entonces el pueblo chileno, aleccionado por Don Hilario en esta materia.

Este, al avanzar en edad, daba muestras más evidentes del talento práctico y previsor de que Dios le había dotado. Muchas de las ideas sembradas por él en el pueblo chileno, pudieron parecer novedades entonces; pero hoy, pasados algunos lustros de experiencias y desengaños, puede apreciarse en su justo valor la realidad que encerraban, y la oportunísima adaptación a las necesidades que en la Iglesia se han hecho apremiantes en los tiempos siguientes.

Es que los santos reciben de Dios una ciencia, que difícilmente se aprende en los libros y que no saben enseñar en sus escuelas los hombres.

La segunda ciudad de Chile

La predicación y la propaganda de sus múltiples obras obligaban a D. Hilario a via-

jes casi continuos. «Como judío errante, dirá él mismo en una de sus cartas, voy de una parte a otra, privándome mis tareas apostólicas de cumplir mis caros deberes. No podrá formarse idea de mis múltiples ocupaciones. He pasado diez días en Catemu, dando una misión; otros diez en Curicó, dando Ejercicios; mañana salgo para Concepción a dar los Ejercicios a los sacerdotes y tengo compromiso de dar diez misiones».

Valparaíso, la segunda ciudad de Chile, fué uno de los principales teatros de su actividad. Cuando apenas era conocido en América, llamóle allá el párroco de los Doce Apóstoles. La religiosidad de aquel pueblo casi marcaba el cero en la escala religiosa. Las disposiciones vejatorias del Gobierno contra la Iglesia se recibían allí en campo abonado; se insultaba al Clero impunemente de palabra y por escrito.

Tres parroquias bien capaces se escogieron, para dar en ellas una misión simultánea y en las tres era D. Hilario el misionero. Dos sermones diarios en la iglesia del Espíritu Santo, otros dos en los Doce Apóstoles y tres en la Iglesia Matriz. El fruto fué muy abundante. Una conmoción nunca sentida agitó la ciudad; las calles se veían llenas de gente que se encaminaba a la iglesia, los templos rebosaban de fieles, las confesiones y comuniones se contaron por miles. D. Hilario, aprovechando tan buenas disposiciones, se atrevió a pasar más adelante. Elevóse al Gobierno una protesta firmada por todos los católicos de Valparaíso y

a continuación proyecta un mitin grandioso para organizar las multitudes y recoger el fruto de aquella misión.

Va a ver al dueño de un teatro, le propone la idea; pero aquel, temiendo que el local fuese incendiado: «No puede ser, le dice, porque sería mi quiebra». D. Hilario se lo asegura por 50.000 pesos y se celebra el mitin. Acuden los católicos en masa; acuden también los enemigos. Los discursos son valientes, y se calienta la atmósfera hasta ponerse al rojo; una protesta hace que salte la chispa, y se arma un gran alboroto. Como los católicos son más, desalojan el teatro de los intrusos, se restablece la calma y prosigue el mitin con entusiasmo mayor. De allá salió la idea de la Unión Católica Nacional. Valparaíso entró en el movimiento católico y fué desde entonces una fortaleza inexpugnable de la buena causa.

¡D. Hilario había triunfado!

Más tarde, los enemigos fundaron con buenas apariencias una mutualidad de obreros, laica y masónica. Percatado de ello nuestro hombre, acude al remedio del mal y, poniendo en juego sus grandes recursos, funda la sociedad de Santa Filomena, a la que pronto se afiliaron dos mil obreras de Valparaíso y de Viña del Mar. Fundóse asimismo un círculo de obreros de carácter laico; pero D. Hilario lo convierte enseguida en círculo católico: la Unión Social de Orden y Trabajo le aclama más tarde su Socio Honorario, por haberle dado la existencia, porque le guió en los primeros

pasos y porque no había escatimado en su favor ningún sacrificio.

Por el Magisterio

Su celo era intenso, constante y universal. Acudía a todas las necesidades del pueblo. Sabido es cómo trabaja el espíritu del mal para apoderarse de la enseñanza primaria, dando a los maestros una formación sectaria y hostil a la Iglesia. En Chile se había llegado al caso de que alguna Escuela Normal hubiera pasado a manos de los protestantes.

D. Hilario se preocupó de esta cuestión y aplicó gran parte de sus actividades al cuidado de las maestras; pues, formadas éstas, estaba formada la infancia y con ella la sociedad. Organizó para ellas solas tandas de Ejercicios y puso todo su empeño en que fueran muy concurridas y en que tuvieran el mayor éxito, persuadido de ser obra básica y sumamente importante. A través de ella multiplicó sus relaciones con las educadoras de la niñez, a muchas de las cuales dió dirección espiritual. Les proporcionaba libros y medios de instruirse, las colocaba ventajosamente, las defendía contra los atropellos del Gobierno sectario y les prestaba todo consejo y favor. Decía a este propósito: «Si solicitasen a la vez hablarme la esposa de un ministro y una simple maestra, escucharía a ésta primero, porque ella tiene una misión más noble en la sociedad».

«Cuando le hablé, dice una normalista,

para que fuese el director de mi conciencia, me respondió: Esta es mi porción escogida; si me hubiera dicho V. que era una princesa, no la hubiera atendido con un gusto mayor. Desde entonces fué para mí un verdadero padre; si me veía llegar cuando había mucha gente, él se ingeniaba para atenderme antes que a todos».

La Sociedad de Maestras de Chile le reconoce como a su precursor o primer fundador.

El confesor

La actividad externa que, por lo vasta e intensa, debería absorber todas sus fuerzas, no le impedía los ministerios de orden interno. Confesaba muchísimo, en varias iglesias, y su dirección era ansiada por todos. A él acudían sacerdotes y seminaristas, pobres y ricos, señoras y niños.

En el confesonario era sólido y serio. Exigía la observancia de las reglas dictadas, cultivaba la verdadera piedad, recomendaba la frecuente comunión, sobre todo los tres últimos días de cada semana. Nunca preguntaba a las señoras el nombre de familia y, para saber de quién se trataba, daba a cada una su número. No fué confesor oficial del Seminario, pero confesaba a muchos de los seminaristas y tenía grande entrada en centro tan importante, sobre todo después de los Ejercicios que dió en los años 1880 y 1882. En ellos se adueñó del corazón de todos los es-

tudiantes, por su gran conocimiento del Seminario y por el cariño entrañable que demostró tener a porción tan escogida en la Iglesia. Desde entonces todos le consideraron como a padre y amigo.

Hacia este ministerio interior, ejercido en el Sacramento de la Penitencia y medio principal para regenerar los pecadores, dirigía el blanco de todo su apostolado exterior y eran sorprendentes los frutos que en él alcanzaba.

Paciente y severo

Tenía con los pobres una inagotable paciencia. Acababa de oírle una plática una pobre anciana, andrajosa y llena de toda miseria. Conmovida por ella, se acercó a confesarse con grandes muestras de arrepentimiento. Después de la confesión, pasa por delante de D. Hilario y, cogiéndole la mano, le dice: «Que Dios se lo pague; V. me ha sacado de las puertas del infierno: estoy muy contenta; hoy nos ha pegado muy fuerte a las madres; espero que mañana les pegará a los hijos, porque tengo unos que son muy malos, peores que yo, que es cuanto se puede decir». D. Hilario escuchó sus palabras sin desplegar los labios y con la vista fija en el suelo.

Pero sabía también ser severo. Confesaba todos los jueves en la Capilla del Sagrario y, entre la gente que alrededor del confesonario se agolpaba con este motivo, se destacó una joven que se acercó a la rejilla. D. Hilario se

pone de pié y, dirigiéndose a la presunta penitente, le dice con aire severo: «Retírate de aquí, desdichada criatura, enviada de Satanás, instrumento del infierno. De esta miserable, dijo a los presentes, se sirve el demonio para desacreditar a los sacerdotes». Y, como a pesar de ello no se retirase, continuó D. Hilario: «Retiraos, mujer infeliz, y no me obliguéis a que mande a buscar a la policía». Súpose después que aquella mujer era pagada por los impíos para comprometer a los sacerdotes y desdorar la fama de los mejores. D. Hilario tenía orden de su Prelado de hacer lo que hizo y la cumplió con toda entereza.

Misiones rurales

Fueron las misiones del campo otra de las obras a que D. Hilario tuvo gran afición. Muy populares las misiones en Chile, las dió repetidas veces en el campo, cuando las ciudades se quedan casi desiertas, no tanto por el calor nunca excesivo, sino por el encanto que tienen los fundos chilenos.

Es el fundo una vasta hacienda, donde hacen vida patriarcal el dueño y sus respectivos colonos, formando las casas de estos un verdadero pueblo alrededor de la mansión de su amo. La influencia de este es enorme en aquellos y, cuando es buen cristiano, como se preocupa de la salud y de la escuela, tiene también su iglesia con un sacerdote. Fundo hay donde los colonos se reúnen con su señor tres

veces cada día en la capilla para rezar las tres partes del rosario, dirigidos por éste. Entonces, cuando afluyen las gentes al campo, es cuando se aprovecha la oportunidad de dar misiones a todos.

D. Hilario fué uno de los misioneros más solicitados para estas misiones. El se prestaba gustoso a darlas y le comprometían de antemano para el año siguiente. Sus dos meses de vacaciones se convertían para él en los meses de más intenso trabajo. A veces hallaba un compañero, pero muchas otras tenía que cargar él solo con los tres o cuatro sermones, con la enseñanza del catecismo, con las confesiones de mujeres, con preparar a la juventud para recibir los Sacramentos.

Por la noche, en vez de descansar, oía las confesiones de los hombres, «porque a esos, decía él, hay que pescarlos a la luz de la luna». Si le avisaban que era demasiado tarde, contestaba que por eso mismo debía despachar a aquellos pobres colonos; si el amo le obligaba a dejar el confesonario para tomar algo antes de la media noche, con buen humor repetía: «Es verdad, no estarían de más diez orejas y es sensible no tener más que dos».

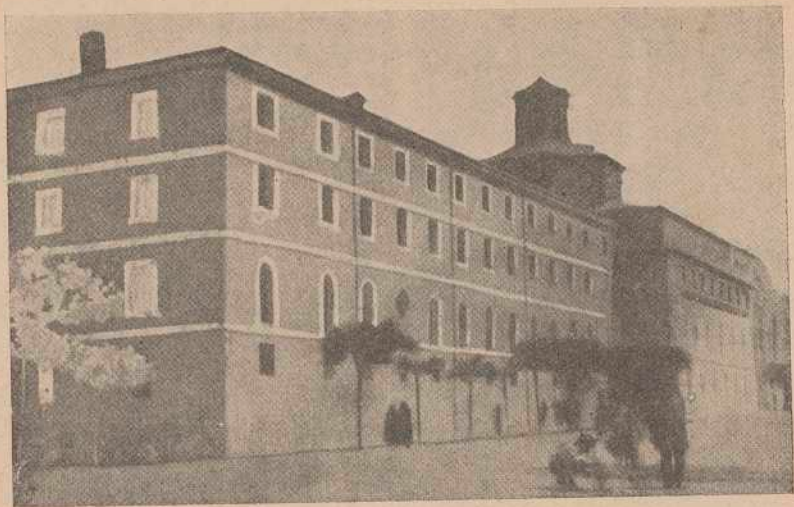
No siempre aceptaba estas misiones. Instábale cierto caballero para que fuese a misionar su fundo; negábase él y el otro insistía y, al fin: «iré, le dice, con una condición: que de los nueve sermones, los ocho han de ser sólo para V.». No insistió el ca-

ballero, pues bien comprendió que él era el obstáculo más fuerte para la misión y que, si no corregía su conducta escandalosa, era imposible el darla.

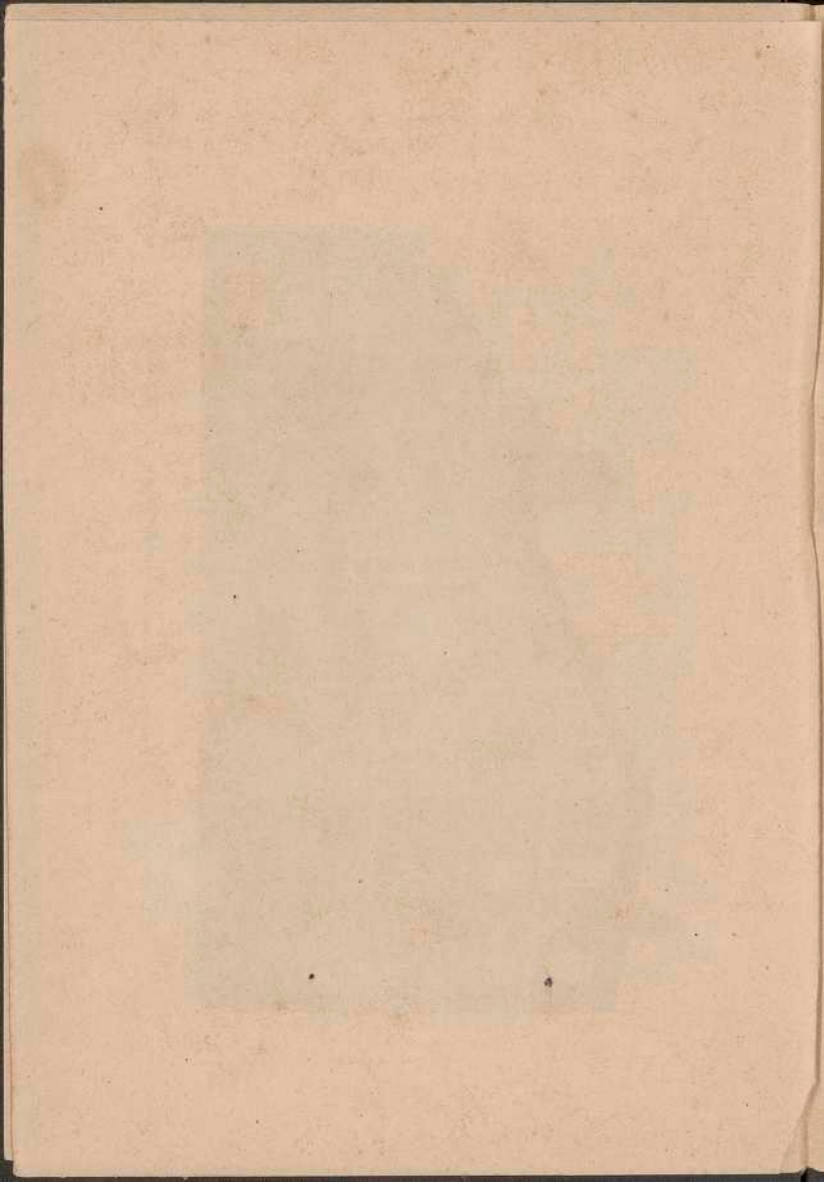
En estas excursiones por el campo chileno aprovechaba todas las ocasiones para ejercer su celo apostólico. Un tabernero le ofrece su casa para que predique en ella a todos los moradores de aquellos contornos, pretendiendo, sin duda, aprovechar tan buena ocasión para hacer su negocio. Acepta D. Hilario; el tabernero hace gran propaganda; la gente llena el salón y el predicador descarga un terrible sermón en contra de la embriaguez. Calló el tabernero; pero a buen seguro que se arrepintió de su galante invitación.

Dos centros hubo que fueron sus predilectos: Catemu y Jahuel. Catemu se convirtió en un centro de extraordinaria piedad, que llegó a llamar la atención hasta en la ciudad de Santiago. El misionero recorrió las regiones circunvecinas, misionándolas todas.

Lo mismo sucedía en Jahuel, fundo perteneciente a la familia Galisasti; había aquí unos baños, muy recomendados a D. Hilario, quien, efecto de su predicación continuada y de los resfriados contraídos por predicar en campo raso, padecía mucho de asma. Tan pronto como se tenía noticia de su venida a Jahuel, todos los trabajadores y, sobre todo, los pobres de aquellos contornos acudían a oírle y a escuchar sus saludables consejos.



Antiguo Seminario de Logroño



Amor a la Patria

D. Hilario no olvidaba a la Patria. Aunque la Providencia Divina le había conducido lejos de ella, siempre la llevó en lo profundo de su corazón. Hizo repetidos viajes a ella; leía con avidez la prensa española; contribuía a las suscripciones en favor de los españoles y mantenía correspondencia epistolar con los dirigentes de la causa católica.

La Sociedad Española de Beneficencia, establecida en Santiago, determinó celebrar solemnes funerales en 5 de noviembre de 1884 y pidió a D. Hilario que aceptase el encargo de pronunciar una oración fúnebre con esta ocasión. Lo hizo con sumo agrado y, tan a satisfacción de sus oyentes desempeñó su misión, que sus palabras, llenas de unción evangélica, quedaron mucho tiempo grabadas en el corazón de todos los españoles.

En la epidemia del cólera de 1887, no se olvidó de sus españoles. La antedicha Sociedad estableció un lazareto para enfermos españoles, y la caridad de D. Hilario derrochó en él abnegación y heroísmo. La Junta Directiva, no sabiendo cómo expresarle su agradecimiento, le decía que nunca podría olvidar su conducta, y lo mucho que contribuyó a aliviar la situación de los pobres enfermos con su iniciativa, ayuda y consejo.

Los españoles sabían bien que podían contar con su auxilio para cuanto redundase en bien de la Patria. Cuando la guerra separatis-

ta de Cuba, los españoles de Chile nombraron un comité español, y uno de sus vocales más entusiastas en las suscripciones de ayuda fué D. Hilario.

Y, si ayuda prestaba a la causa común, no olvidaba tampoco a los particulares. D. Emiliano Cid, abogado de Salamanca, llega a Chile, se encuentra sin colocación y decide volverse a España, cosa que no puede realizar por falta de recursos. Sábelo D. Hilario y le da cuanto necesita.

Otro caballero español, acusado injustamente de quiebra, está a punto de ser encarcelado. D. Hilario, así que tiene noticia de ello, compra el documento de crédito por algunos centenares de pesos y lo hace pedazos, sin que el interesado supiese en muchos años lo que D. Hilario había hecho por él.

El presbítero D. Julián Palacios cae enfermo y es llevado a un manicomio; pero, apenas se entera de ello D. Hilario, hace las diligencias necesarias, logra sacarlo de allá, lo envía a España con persona de confianza, le acompaña hasta el barco, se hace cargo de sus intereses y los remite a su familia. Los sacerdotes venidos de España, siempre le miraron y respetaron como al mejor de sus amigos en Chile. D. Hilario nunca se olvidó de que era español.

Un asunto enojoso

Hallándose en España en 1884, se encontró a un pariente suyo lejano llamado Ilde-

fonso Fernández, que había estado varios años en Chile y que debía cobrar una fuerte cantidad de la testamentaria de D. Manuel Fernández, propietario de Bucalemu, muerto en junio de 1882. Este señor encargó a D. Hilario que quisiese cobrarle aquellos dineros y remitírselos a España, del mejor modo posible, bien en moneda o mejor en productos chilenos que él podía vender en España, haciendo negocio a la vez que cobraba su deuda. Para ello le dió poder público en Logroño a 1.º de marzo de 1884 ante notario y testigos. Lo mismo le confirmó días más tarde por otro otorgado en Madrid, con las formalidades legales.

D. Hilario llegaba a Montevideo, camino de Chile, en 17 de abril y se entera de que el cambio está malísimo y que, de hacer giro, su poderdante sufriría gran quebranto económico y por ello, determina comprar productos en Chile, enviarlos a Montevideo, venderlos aquí y remitir a D. Ildefonso el dinero. Era el comisionado e intermediario hombre piadoso y de toda garantía y confianza. D. Hilario, con muchas molestias, consigue cobrar la deuda y con su importe compra un cargamento de alubias que remite a Montevideo. Y aquí comienza el calvario para quien por caridad se había metido en un asunto económico. Las alubias tienen que venderse a más bajo precio; el agente daba largas al pago, a pesar de los requerimientos continuos; el Banco, en fin, donde el intermediario tenía sus

depósitos, se declara en quiebra y, confesando éste su deuda, dice que es el único culpable de todo, que pagará cuando pueda y que don Hilario nada tenía de qué responder en estos asuntos. Tan mal había resultado el negocio.

Ante la calumnia

D. Hilario, para defender su honor, propuso a Ildefonso que nombrase una persona de toda confianza que examinase toda su gestión; pero, no atendiendo éste a razones, apeló al bajo medio de publicar un folleto lleno de las más groseras calumnias contra el sacerdote español, en quien tanta confianza había poco antes depositado. Afortunadamente el folleto causó malísima impresión, aun entre los familiares del autor del escrito; tanto que D. Andrés Viguera, su pariente, habiendo recibido un ejemplar con una carta de Ildefonso, escribió enseguida la refutación de aquellos escritos, vindicó la honradez y reputación de don Hilario e hizo un acabado panegírico de su vida y virtudes, tan conocidas y admiradas de todos. Y, como se publicó en la prensa el folleto, también se imprimió su refutación, para que llegase a noticia del público.

El escrito de Ildefonso terminaba con estas palabras: «Yo te digo: me has estafado 20.000 pesos próximamente. Como ves, te calumnio. La vindicación es llevarme a los tribunales por calumnia. Tienes, pues, dos caminos: o venirme a España para vindicar tu ho-

nor... o cargar con el sambenito de estafador.
¡No vendrás! ¡No vendrás! ¡No vendrás!»

D. Hilario le contestó que vendría pronto y que, si le enviaba el importe del viaje, que él no tenía, se pondría en camino enseguida. Por poderes enviados a su hermano Gabino, D. Hilario citó a Ildefonso ante los Tribunales de Logroño. El tribunal resolvió que, aun cuando los conceptos del folleto eran constitutivos de delito de calumnia, definido en el Código, sin embargo, considerando que se extinguía la acción penal por la prescripción de seis meses, se absolvía a Ildefonso Fernández de la demanda interpuesta. Apeló D. Hilario de la sentencia, basándose en que para la prescripción de los residentes fuera de España se necesita más tiempo, y ganó el pleito.

Más tarde se puso el asunto en manos de amigables componedores que dividieron la pérdida entre ambos contendientes; cosa que nunca aceptó D. Hilario.

Sus ahorros

Hora es de examinar las virtudes de don Hilario para que, a la vez que nos den a conocer su persona, nos animen a su imitación y a la admiración de las mismas. Comencemos por el desinterés y desprendimiento que le acompañó toda su vida y en todas sus obras.

La Sociedad de San José le acarreaba grandes dispendios, pues sólo los retiros espirituales del primer año le costaron más de

mil pesos, que él pagó de su bolsillo. Los socorros de médico, botica, dinero, ataúd y socorro a la familia del socio difunto, le costaban más de tres mil pesos al año. Los demás capellanes de la asociación estaban retribuidos; pero él, apesar de tener muchos gastos de viaje, nunca quiso recompensa ninguna. Una señora anciana, admirada de su caridad con los pobres, quiso dejarle una cantidad de dinero considerable en su testamento. D. Hilario se revistió de severidad y le dijo estas palabras: «S V. me deja algo, lo renunciaré y jamás la encomendaré a Dios en mis oraciones», añadiendo que esa conducta era hacer a los sacerdotes un gravísimo daño.

Su tío D. Ramón Sancho compró una granja en las afueras de la Ciudad de Santiago: «Es, le dijo, con el fin de dejártela a mi muerte, porque tú eres un derrochador y nunca tendrás nada tuyo». «Tengo la Providencia», contestó él, y con esto me basta».

Como tanto le inculcaban la necesidad de prevenirse para las contingencias de un futuro expuesto a necesidades diversas, casi llegaron a convencerle de la obligación de no ser tan generoso y, comprendiendo que él era incapaz de guardar nada, constituyó por su tesorero a D. Salvador Aulet, a quien entregó una primera cantidad de quinientos pesos; pero, como a los pocos días una limosna urgente reclamase esa misma cantidad, exigió la devolución de los mismos y con ello acabó con sus ahorros.

Muchas veces le ocurría no tener dinero para pagar el coche, o la sotana que el sastre le presentaba; pero, si se trataba de hacer caridades, siempre tenía suficiente dinero. Aceptaba las misiones rurales, a condición de no recibir nada de ellas.

Un caballero, caído en miseria, determinó proporcionarse recursos faltando a la moral. Sábelo D. Hilario y, en una conferencia tenida con él, le ofrece todas sus entradas para salir del apuro económico, lamentando no poder darle más, y con promesas de que, por su parte, nadie tendría conocimiento del hecho.

Se celebraba en la casa de Ejercicios la fiesta de su Patrono y había en ella concurrencia numerosa y muy distinguida. A la mitad de la fiesta, comenzó a llover torrencialmente y, como no habían traído defensa ninguna, tanto el Director como los asistentes estaban muy preocupados por no poder volver a casa a la hora debida. Pero luego vieron con sorpresa una larga hilera de coches de alquiler, que, pagados por D. Hilario, esperaban la salida de los asistentes para conducirlos a casa. Tan generoso era con sus buenos amigos.

El color de sus ojos

La modestia, la humildad y la piedad formaron siempre su más bello ornato. Modesto fué desde joven; tanto que se ruborizaba al hablar y nunca fijaba sus ojos en ninguna mu-

jer; muchas de éstas nunca supieron de qué color tenía los ojos.

Su piedad era extremada. Su espíritu elevado a las regiones del cielo, sólo descendía a la tierra para realizar obras de la gloria de Dios. No se pegaba a las cosas de abajo y, aun en las mejores, dejaba siempre el éxito en las manos de Dios. Así se explica la juventud perpetua de su alma, a la que nada importaban reveses, desengaños ni ingratitudes humanas; siempre era optimista, porque esperaba su ayuda de la Omnipotencia de Dios. Cuando celebraba la misa y cuando distribuía la comunión, parecía querer exhalar de su pecho el fuego de amor de Dios que interiormente le consumía.

D. Hilario, dice una religiosa, dejó en las Casas del Buen Pastor, ejemplos de heroicas virtudes. Su modestia era angelical; su lenguaje, delicadísimo en toda materia; su actitud en el templo, ferviente; su devoción y reverencia en la Misa, edificantísimos. Su prudencia era acendrada; su espíritu interior rebosaba piedad; su celo apostólico iba acompañado de una abnegación sin límites y de una inagotable caridad con todos, en especial con los pobres. Su profunda humildad realzaba sus méritos, pues sólo él ignoraba la grande estima en que era tenido por todos. Su cultura, su fidelidad, su delicadeza, parecían cosas naturales en él. Fué amado de Dios y de los hombres y su memoria permanecerá en bendición.

Sencillo hasta el extremo

Como era humilde, hacía todas las cosas con gran sencillez, como si nada significasen, como si no encerrasen molestias. Una mujer, pobre y enferma, lo tuvo de confesor más de veinte años y asegura que siempre notó en él caridad sin límites con todos los pobres, a los que atendía con preferencia.

«Una vez, refiere, iba yo misma a buscarle y le hallé que iba en coche, camino de sus ministerios. Manda parar al momento, entra en la iglesia cercana, me confiesa como si nada tuviera que hacer, me da la Comunión y sigue su camino hacia el Seminario. En otra ocasión, prosigue, estaba D. Hilario dando Ejercicios en una casa de religiosos; ruego al portero que avise a D. Hilario para que salga a confesarme, se niega el portero a ello por las graves ocupaciones de D. Hilario, mas, enterado este al fin, deja todas las cosas y sale al momento a confesarme y darme la Comunión».

Con frecuencia le ocurría predicar varias veces en un mismo día, visitar tantos enfermos y desempeñar tal cúmulo de ministerios, que llegaba la noche y D. Hilario no había probado aún ni un sólo bocado. Y a esto no daba importancia; lo creía la cosa más natural.

En cierta ocasión presentóse en Santiago un gran orador para la solemnísimas fiesta del Carmen. Su fama había llenado la iglesia de

gente, mucho antes de comenzar la función. De repente se avisa al público que el orador se ha indispuerto y en su lugar obligan a don Hilario a que él predique en la fiesta. El gentío exterioriza su disgusto, se alborota y se va de la iglesia: querían cosa profana y no predicación evangélica. D. Hilario, impasible, sereno, se cruza de brazos y espera en silencio. Cuando hubo acabado el ruido, dirigiéndose a su escaso auditorio, le dice con todo sosiego: «Desearía saber si alguno más quiere retirarse, para poder comenzar». Y predicó un fervoroso sermón, como si nada hubiese pasado y como si la iglesia estuviese llena de gente. Todos quedaron muy edificadas de tan rara sencillez y humildad.

Aunque el Papa León XIII, por Breve de 21 de junio de 1889, había concedido indulgencias para cuantos escuchasen sus sermones, él por humildad nunca divulgó esta gracia y de ello tuvo algún remordimiento al fin de su vida por haber defraudado, ante el peligro de vanagloria, a los fieles que le escucharon de un bien espiritual que pudo proporcionarles.

Su heroico valor

La caridad le llevaba hasta los mayores peligros y le daba un valor casi heroico. Enfermó un amigo sacerdote y él se ofreció a suplirle, mientras durase la enfermedad. Cuando estaba desempeñando esta suplencia, ocurrió la horrible matanza en Concón. Al saberla D. Hi-

lario, toma un caballo y se dirige presuroso al lugar de la catástrofe, para asistir a los moribundos. Siete leguas distaba el lugar y el camino estaba erizado de espías. A la mitad del camino, cae en manos de una avanzada y se le comunica que lo van a fusilar. Llega al campamento a las diez de la noche y es puesto en capilla para ser ejecutado así que amanezca. En las horas de mortal agonía, se conserva sereno y discurre cuáles serán los mejores recursos para persuadir a los guardas que su misión no es política, sino de caridad para asistir a los moribundos. Su lenguaje franco y jovial, ayudado del oro que hizo brillar ante los ojos de sus carceleros, hizo ver a estos la verdad sobre el caso. Fué puesto en libertad y, después de la batalla de Placilla, pudo ir al campo de la lucha para confesar y auxiliar a los heridos y moribundos, regresando a Santiago con un tren de heridos.

Los rasgos de valor abundan en toda su vida. Supo que un funcionario, nada recomendable en su vida y conducta, había jurado matarle, creyéndose aludido en alguno de sus sermones. D. Hilario se va directamente al enemigo y le dice: «Me han dicho que V. me buscaba, ¿qué quiere? — «Me han dicho que V. se ocupa de mí en sus sermones». — «En cambio a mí me han asegurado que V. ha jurado quitarme la vida. Estamos solos aquí; tiene V. libertad para ello». Aquel pobre diablo, ante tanto valor y entereza, desapareció volviendo la espalda.

En Valparaíso predicó contra los abusos de los estudiantes y la turba se conjuró para hacerle pasar un mal rato, cuando saliese del templo. Alguien le avisó del peligro y le ofreció su coche para librarse del populacho. Don Hilario dió cortésmente las gracias y pasó sólo por entre los grupos de mozalbetes, saludándolos con cariño y dejándolos estupefactos al ver con cuánta seguridad y frescura pasaba por medio de ellos.

En los peores tiempos de Santamaría, don Hilario, que vivía en Puente del Inca, tenía por compañero de hotel a un liberalote que vivía con una señora casada. De improviso, se presenta el legítimo marido acompañado de hombres armados, con el propósito de matar a aquel infeliz. Al verse éste perdido, corre a D. Hilario, se arroja a sus pies y le pide la vida, ya que él solo podía salvarle. Don Hilario se la promete generoso y, aun cuando se trataba de un enemigo público de la Iglesia y suyo, le procura medios de evadirse secretamente y logra salvarle.

Siempre con sus Obispos

Grande fué el amor y respeto que tuvo siempre a sus propios Prelados y los manifestó bien en toda ocasión. Una de ellas fué muy ruidosa. Un desgraciado preparó un libelo difamatorio conteniendo una sarta de indignidades y calumnias contra el propio señor Arzobispo de Chile. Sábelo el Prelado y

lo llega a saber D. Hilario, cuando estaba a punto de darse el libelo a la imprenta. Enterarse y ponerse en marcha es todo uno. Busca al autor y no para hasta arrancarle el original de las manos; lo lleva enseguida al Prelado, quien, mientras lo arroja a las llamas, con lágrimas en los ojos manifiesta su gratitud a su buen sacerdote.

Sus superiores le estimaron en mucho. Ya hemos dicho que, con ocasión de uno de sus viajes a España, el Sr. Vicario, ante el temor de que no volviese a Chile, le escribió una carta en que se mostraba pesaroso de haberle concedido la licencia de marchar y le rogaba que volviese luego a ocupar sus cargos antiguos que hasta su vuelta dejaba vacantes.

En pos de un nuevo estado

Sentía gran aprecio por las Ordenes Religiosas, cualesquiera que fuesen, y mostró amor especial a la nueva Congregación del Inmaculado Corazón de María, nacida en España. Fué en Chile su protector más decidido y contó en ella tantos amigos como fueron sus miembros. Se unió con amistad delicada con el P. Vallier, religioso ejemplarísimo que murió en olor de santidad; mutuamente se ayudaban y suplían estos dos fieles servidores de Dios. Poco antes de morir, el referido P. Vallier quiso confiar al P. Marqués un encargo tierno y conmovedor desde el lecho

de muerte: «No olviden, dijo, nunca a don Hilario Fernández, y páguenle siempre con amor y cariño el mucho que nos ha tenido a todos y sobre todo a mí».

Pero su amor más acendrado fué hacia la Compañía de Jesús. Desde niño abrigó deseos de ingresar en ella y acaso el constante manejo del Libro de los Ejercicios avivaba ese deseo. Dió pasos para ser admitido en 1879, 1884 y 1895. No le desanimaban las negativas o dilaciones, sino que, cuanto más avanzaba en edad, cuanto mayores eran las muestras de estima y respeto que recibía de todos, tanto más conocía la vanidad de las cosas del mundo y más quería romper las relaciones que le unían con él. Hizo venir de España a un sobrino suyo, D. Cesáreo Fernández, para instruirle y adiestrarle a su lado en la dirección de sus obras, para así poder dejarlas mejor.

A principios de abril de 1899, D. Hilario dejaba ocultamente la región chilena en busca de otros países, donde poder realizar su pensamiento, a pesar de que contaba ya sus 54 años cumplidos. Antes de partir influyó todavía de manera bien decisiva en la paz que se hizo entre Argentina y Chile sobre demarcación de sus territorios respectivos, cuestión que estuvo a punto de ocasionar una guerra entre ambas naciones.

Sin ver todavía satisfechos sus grandes deseos, vióse obligado a aceptar una serie de Conferencias en la Catedral de Montevideo;

Conferencias que tenían pretensiones de acontecimiento religioso en los planes de sus organizadores. Dios las bendijo hasta el punto de que llegaron a hacerse famosas y mayores de lo que sus organizadores habían soñado. Los católicos fervorosos y hasta los indiferentes e impíos salieron convencidos por su dialéctica tan fina y enardecidos por su tan sublime elocuencia. Aquel sacerdote, desconocido de todos, dominó la situación y arrastró al auditorio desde los primeros momentos. Las naves de la iglesia fueron insuficientes muy pronto para contener la multitud; la policía tuvo que desplegar sus fuerzas previniendo desmanes. Se multiplicaron las conversiones; se pusieron en juego todos los resortes para lograr que el nuevo predicador se quedase en aquella capital. Pero su destino estaba en la República Argentina.

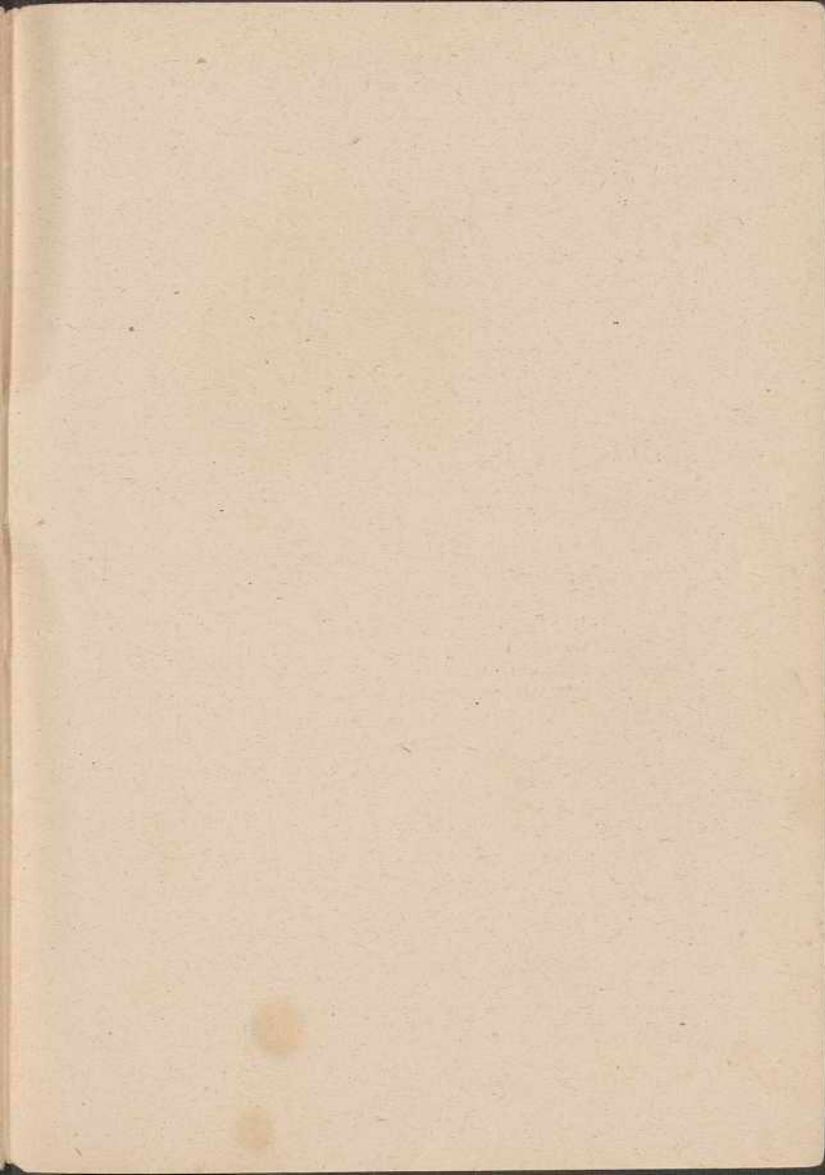
A ella se dirigió para ingresar en el noviciado de la Compañía, lo que al fin ejecutó, en Córdoba de dicha República americana, el 6 de julio del mismo año, 1899, y para llevar en aquella la segunda etapa, más breve,—sólo los trece años—de su vida apostólica, en la cual había de ser tan acabado modelo de religiosos, como en los treinta y dos años anteriores lo fuera de sacerdotes seculares...



INDICE

Páginas

<i>Prólogo</i>	3
Familia modelo.....	5
Chicos y grandes.....	7
Estudiante en El Redal.....	8
Camino del Sacerdocio.....	9
Número 1.242.....	10
En grave peligro	12
Recuerdos del Seminario	13
De Tonsurado a Presbítero.....	14
Estreno de coadjutor.....	16
Hacia América.....	17
Los primeros pasos	19
Asilo del Buen Pastor.....	21
Los Sres. Huidobro.....	22
El champagne	23
Se fractura una pierna.....	24
La Casa de San Juan.....	25
Director de Ejercicios.....	27
En alas del cielo.....	28
Señalando vocaciones.....	29
Días de precaución.....	30
Un viaje a España.....	32
Con sus obreros	33
El cólera morbo.....	35
En la guerra.....	36
«El día que no predico...»	37
En desagravio	39
La segunda ciudad de Chile.....	40
Por el Magisterio.....	43
El confesor.....	44
Paciente y severo.....	45
Misiones rurales.....	46
Amor a la Patria	49
El asunto enojoso.....	50
Ante la calumnia.....	52
Sus ahorros.....	53
El color de sus ojos	55
Sencillo hasta el extremo.....	57
Su heroico valor.....	58
Siempre con sus Obispos.....	60
En pos de un nuevo estado	61





Price: 1,50 ptas.

